

Sobre Azorín y el cine

Centro Virtual Cervantes, Miguel Ángel Lozano Marco (21/02/2012)

Sabemos que el Azorín octogenario quedó fascinado por el cine, al que solía acudir diariamente y del que sacaba materia para una serie de artículos, destinados a *ABC* y recogidos luego, en su mayor parte, en dos volúmenes: *El cine y el momento* (1953) y *El efímero cine* (1955); este último lleva la dedicatoria: «A mis compañeros del Círculo de Escritores Cinematográficos». Reflexiona sobre el cine un escritor que, desde sus inicios, ha venido privilegiando en sus textos el elemento visual. No es Martínez Ruiz un mero descriptor de paisajes y ambientes; es, más bien, un vivificador de imágenes, un escritor que dota de vida interior a todo objeto de apariencia inerte, mostrando cómo esa inmovilidad queda superada en virtud del tratamiento poético del lenguaje. Es un escritor que dispone, desde sus primeros textos, de una técnica cinematográfica casi instintiva. Al analizar la obra de Azorín podemos hablar de *travelling*, de planificación, de visión panorámica, e incluso de «movimientos de cámara» (recuérdese el inicio de *La voluntad*). Y no menos destacable es su interés por la influencia del cine sobre la literatura: en los años cincuenta menciona como suceso evidente «la infiltración callada del cine en la literatura»; aunque ya en 1900, con precocidad asombrosa, alude a las imágenes cinematográficas comentando la obra de Vicente Blasco Ibáñez.

Azorín es asiduo de los cines de reestreno, de programa doble y sesión continua; él mismo lo declara: «Frecuento los cines populares, los de lujo no los conozco». En consonancia con su interés por las «vidas opacas», el escritor encuentra su lugar en la modesta butaca de una de esas salas destartaladas, pero llenas con el calor de quienes se refugian en ellas para soñar.

Le interesa el «tipo medio» de películas, porque da «la medida de los valores, en su ambiente», pero destaca y aprecia las obras de excelencia estética (califica de «perfecta» *Rebeca*); acude al reclamo de los actores, pero adquiere bibliografía especializada, que cita en sus textos. Aunque si tenemos que destacar el tema que predomina en sus artículos, este es el de la reflexión sobre los actores. De entre ellos, el más citado y valorado, de entre los españoles, es Fernando Fernán Gómez («F. F. G. es un fino actor de cálculo, según la teoría de Diderot [...] Nunca está fuera de situación. Observa y no deja al acaso el pormenor significativo»); a continuación figuran José Isbert y Fernando Rey. Ente las actrices, destaca Aurora Bautista. En un artículo titulado escuetamente con su nombre, aconseja a la joven actriz que abandone ese cine histórico rancio, de cartón piedra, y que dé vida a personajes de su tiempo («¿Va usted, Aurora Bautista, a seguir cautiva del pasado?»). Después del de esta actriz, Azorín destaca los nombres de Conchita Montes y de Amparo Rivelles.

Pero Azorín también tenía su idea de lo que debía ser el cine de calidad destinado al espectador medio, y en este sentido señala la obra de Edgar Neville, lo que nos indica sus buenos criterios. El artículo titulado «Luz de Madrid» está dedicado a la película *El último caballo*, que pudiera ser ejemplo de cómo entendía el escritor lo que tenía que ser un cine español de calidad, al tiempo que fuera de interés para un público que busca

el necesario entretenimiento. Es una película que reúne poesía, humor e ingenio con personajes de atractiva humanidad en ambientes cotidianos reconocibles. Añade a esto la presencia de actores muy estimados por él: Fernando Fernán Gómez y Conchita Montes. El gran actor, luego director, escritor y académico, dedicó a Azorín algunas páginas; una de las más bellas: el artículo que publicó en *ABC* el 6 de diciembre de 1992; se titula «Posguerra» y lo recomiendo vivamente.